

**SON LO QUE SON**

**Sobre la arquitectura de José Llinás**

PUBLICADO EN

Documentos de Arquitectura 11. Almería, 1990

La Idea Construida. Ed. COAM. Madrid, 1996

## SON LO QUE SON

Sobre la arquitectura de José Llinás

Decía Llinás de Sota que, el maestro, convierte una cuerda en un paraguas. Más como mago virtuoso, nada por aquí, nada por allá, que como arquitecto. Quizás como un queridísimo brujo. Y para este aprendiz de brujo que es Llinás, hace tiempo ya más maestro que aprendiz, quiero imaginar que, también, la arquitectura es una cuestión de encordaduras. De cuerdas y de cajas. De conformar cajas y tensar cuerdas sobre ellas para que, como musicales instrumentos, puedan sonar. Y en sonando la música, sumidos en sus acordes, caer en el olvido del mecanismo que la produce.

¿No es la Arquitectura al fin y al cabo como la Música? ¿No es cada pieza de Arquitectura, cada edificio, como un instrumento musical que, al ser temperado por la luz del sol y tañido por el uso de los hombres, produce sonos que nos hacen temblar de emoción?

¿No es el arquitecto como un fabricante de instrumentos musicales? ¿No es el arquitecto aquél que con los más sencillos materiales fabrica algo inefable (¡Qué difícil es definir la Arquitectura!) que, transido por la luz y acordado por la vida de los hombres, es capaz de arrancarnos las más profundas vibraciones?

Llinás, más como ingenioso luthier que como arquitecto, manipula los más sencillos materiales. Y con ellos, escogida su calidad en silenciosa sabiduría y ajustado su trazado con inteligente perfección, produce sus artefactos: cajas maravillosas que, una vez tensadas sus cuerdas, son capaces de arrancar las más melodiosas armonías. (¿No oís los ruidos de John Cage? ¿Acaso no escucháis el son sagrado de la vida sosegada? ¿No reconocéis quizás las conmovedoras zarabandas de Marin Marais?). Cajas y cuerdas tensadas cuyo fin será, no tanto exhibir la belleza de su forma, o demostrar su buena construcción, o ser fieles a su historia, como además y por encima de aquello, ser capaces de producir la música mejor acordada.

¿Qué es sino una caja sonora, tambor imponente, el fascinante cilindro de su Escuela de Collblanc en Barcelona? La clásica forma cilíndrica, lejos de vacíos formalismos, toma todo su sentido en su eficacia para dar, ¡urbanidad recuperada!, respuestas diferentes a las diferentes tensiones que la acosan. El silencioso cerrar de ojos a los monstruos que la atenazan con su sombra tiene su contrapunto en su serena apertura a la luz. El poderoso cilindro está, se abre y se alza, entendiendo muy bien el lugar. Como bien apuntaba Norberg Schulz de la obra kahniana. Está, emergiendo sobre "una nube de hojas". Se abre, mirando con pícaros guiños "a todas partes, y a ninguna". Se alza, hacia la luz del sol para libar sus rayos y dárselos, transformados en emociones, a los hombres que lo habitan. Y todo con un sólo gesto certero.

¿Qué es sino un pequeño salterio la diminuta blanca caja del Instituto de Ortopedia de la calle Enric Granados de Barcelona, su primera obra conocida? Con sólo dos guitas, el quiebro de una escalera y la colocación oblicua de una pieza, sabiamente tensadas con la luz, logra crear ¡parece mentira! un tan prodigioso pequeño son.

¿Y qué es la casa de Begur? Su dorso cerrado al ruido y al frío hace que pueda resonar aún mejor su hueco vacío abierto a la luz y al paisaje. Abre aquí, cierra allá, cubre acullá. Señalando los límites del espacio. Y quedando dispuesto el instrumento para ser pulsado.

¿Y no es afinar una vieja máquina musical lo que acaba de hacer con el Museo Arqueológico de Barcelona? A pesar y apoyándose en un hexágono maldito, lo ha dotado de un nuevo y mejor sentido. Lo ha reparado y limpiado y bruñado. Lo ha tensado dándole la posibilidad de sonar de nuevo.

La belleza, la bondad y la verdad de un instrumento musical no están en la acertada composición de su forma, ni en la buena calidad de sus materiales, ni en la justeza de su construcción. Todo eso es mucho, pero nada es si no suena bien, si no es capaz de emitir las más arrebatadoras cadencias. La belleza, la bondad y la verdad de un instrumento arquitectónico, de un edificio, no están en la atinada composición de su forma, ni en la mejor calidad de sus materiales, ni en la perfección de su construcción, ni tampoco en su adecuación histórica. Todo eso es mucho, pero nada es si no suena bien, si no es capaz de producir, tocado por el plectro del sol de cada día y el uso de los hombres, ese algo más que aún llamamos Arquitectura.

Los edificios de José Llinás, por encima de sus aciertos formales, además de la calidad de sus materiales, y sobre la perfección de su construcción, son lo que son porque son esencialmente capaces de producir esa música, esa arquitectura que incluso hace que nos olvidemos del impecable mecanismo. Como bien decía Sota de Mies Van der Rohe: "Hacer espacios arquitectónicos sin nombrarlos".

Y si nos olvidamos de la forma y de los materiales y de la construcción, ¿qué queda en los edificios de José Llinás? Queda, balbuciendo, ese no se qué que es lo que suena. Lo que son. Eso a lo que algunos seguimos llamando Arquitectura.